

En los múltiples escenarios sociales derivados de la pandemia del COVID-19, destaca el del Reino de Marruecos, donde su población en conjunto ha desplegado una oportuna ética de la convivencia, derivada de su ancestral cultura basada en la unión indisoluble entre su milenaria práctica de la hospitalidad y su experiencia trashumante; delineando así las condiciones de posibilidad que permiten avizorar horizontes alternos post-COVID-19, donde prime la convivencia ética y la dignidad.

**Palabras clave:** Marruecos, ética, convivencia, dignidad, hospitalidad, trashumancia, post-COVID-19

# Marruecos: ética de la convivencia en el escenario del COVID-19

Reyna Carretero Rangel  
@crim.unam.mx

A principios de marzo se encendieron los focos rojos en todo el Reino de Marruecos sobre el nivel de peligro del COVID-19. Eran alarmantes las cifras de miles de infectados en Italia, Francia y España. La frontera se tenía que cerrar de inmediato, y así se hizo, de un día a otro se cancelaron todos los vuelos; esta medida vino acompañada del cierre tajante de todos los restaurantes y cafeterías desde el 16 de marzo, así como la suspensión de viajes terrestres por autobús; las salidas solo fueron permitidas para adquirir artículos de primera necesidad, acompañada de la orden de confinamiento después de las 18:00 horas.

La puesta en marcha del estado de emergencia para esta población de 37 millones de habitantes, ha transcurrido de manera ejemplar por parte de los ciudadanos marroquíes, que han mostrado un nivel de civismo digno de elogio. Las fuerzas de seguridad han sido totalmente firmes, de hecho, como lo son siempre aquí.



Investigadora de tiempo completo del CRIM adscrita al programa Estudios de Cultura, Política y Diversidad.

La policía marroquí tiene un control total en las calles y en cada plaza, incluso con excesos —hay que decirlo— innecesarios, sobre todo con los más jóvenes; a quienes les ha resultado especialmente difícil dejar la calle de un momento a otro. La reclusión de estos chicos en sus casas supone un cambio radical, del que aún no se hace un balance de las consecuencias. Los mercados a mediodía son la única zona poblada y desde abril se estableció la obligación del uso del cubrebocas.

El gobierno también ha tomado acertadas medidas en un tiempo récord, para mencionar algunas de las más importantes: casi 8 000 habitaciones de hotel puestas a disposición del personal médico; cinco millones de máscaras fabricadas por día en dos fábricas marroquíes, a un precio muy económico; hospitales en tiendas de campaña, clínicas privadas disponibles para el COVID-19; ciudades desinfectadas; combustible y suscripciones de teléfono gratis para el personal médico; indemnizaciones en beneficio de empleados, trabajadores informales y personas en situaciones precarias; los impuestos o cualquier otra contribución han sido diferidas; trabajadores de limpieza que continúan recolectando puntualmente la basura; las farmacias igual que los mercados permanecen abiertos; las

“La policía marroquí tiene un control total en las calles y en cada plaza, incluso con excesos —hay que decirlo— innecesarios, sobre todo con los más jóvenes; a quienes les ha resultado especialmente difícil dejar la calle de un momento a otro.”

escuelas han mantenido los cursos a distancia previstos en el programa escolar establecido y la administración federal ha acelerado la digitalización de sus servicios.

El confinamiento encontró a la población ya inmersa en la atmósfera de bajo ritmo que anunciaba la llegada del Ramadán, el mes sagrado en el islam; en el que durante 30 días se ayuna desde el amanecer hasta el atardecer. Cuando el sol se mete, da inicio el *iftar*, la ruptura del ayuno, en la que usualmente los más jóvenes salen a la calle, festejando alegremente con música y gran algarabía otro día más de ayuno. El festejo se prolonga toda la noche, tiempo en el que se sirve la cena y el desayuno —antes del amanecer—, procediendo después a dormir hasta bien entrada la mañana. Esto hace que durante las mañanas nadie salga y los comercios permanezcan cerrados. El ritmo se retoma después del mediodía, donde las personas salen al mercado a surtirse de todos los insumos necesarios para la preparación de sus tradicionales y deliciosos platillos, que conjuntan el colorido y el sabor de miles de años de mezcla cultural; desde las especias asiáticas, los deliciosos frutos, semillas y cereales de la región, donde destacan los dátiles, nueces y todo tipo de frutas exquisitas, así como la frescura del pescado extraído diariamente del Atlántico, igual que el cordero y los pollos que se consumen recién sacrificados, sobre todo en las áreas cercanas al mar y las zonas rurales.

Por lo que el confinamiento mezclado con el Ramadán, está siendo experimentado por la población, como una profundización de este momento de retiro del mundo —que es el objetivo principal de esta celebración sagrada—, dedicado a la oración y a la meditación, en donde confluyen de manera orgánica las medidas higiénicas aconsejadas por la ciencia en Occidente, y la práctica milenaria de formas protectoras en la población marroquí. Por ejemplo, el tema tan controversial de la exigencia del uso del cubrebocas, sintoniza perfecto con la costumbre ancestral del uso del velo para cubrir el cuerpo y cara de hombres y mujeres, que obedece a la necesidad de cubrirse del sol y el viento que trae consigo grandes cantidades de arena, ya sea en el desierto o en el mar. Cubrirse el cuerpo entero es una práctica milenaria y cotidiana, a la que en los últimos años se le ha añadido el uso de gafas, guantes y gorras para el sol, por lo que el cubrebocas solo es un aditamento

más, no significando algo tan extraordinario como en otros países. Del mismo modo, la exigencia de lavarse las manos varias veces al día, está en consonancia con la práctica de las cinco oraciones diarias del islam, en las que es obligatorio realizar el *wudu*; esto es, la ablución, donde se lleva a cabo una limpieza profunda en cada ocasión, desde la cabeza

hasta los pies, sin necesidad de usar papel higiénico (por cierto, tan demandado en nuestros países), evitando así el daño ecológico consecuente.

Además del gran orden mostrado por el gobierno y sus instituciones para controlar el contagio, lo que se observa al interior de las familias y en el ánimo de las personas es la comprensión del problema y la consecuente aceptación de las restricciones para superarlo. Su reacción de calma y sosiego

ha sido muy diferente, por ejemplo, a la población de México, que se ha tardado mucho en convencerse del peligro, o a las de Italia y España, donde han salido festivamente a los balcones a cantar para estar en contacto con la gente, hacer gimnasia y tomar cursos de todo tipo, para desestresarse, o en el peor de los casos vigilar y castigar a los vecinos que osan salir. Acá no se observa algo parecido. De manera casi uniforme las personas permanecen en sus casas, de forma bastante tranquila, con ánimo alegre y amable, como es su costumbre.

Esta calma en medio de la tormenta, puede entenderse por una práctica formal y cotidiana de una ética de la convivencia que se ha consolidado en la población marroquí, derivada de su larga trayectoria cultural de más de 3 000 años. Su cuna, en el norte de África, ha sido poblada ancestralmente por *amazighófonos* y desde aproximadamente 1 400 años por *amazigh-arabófonos* (arabizados y/o islamizados), quienes en su trashumancia (vocablo que en su etimología latina *trans humus* evoca el cruce de una tierra a otra) han recorrido todo el Sahara hasta el norte de África y el sur de España, buscando las mejores condiciones para asentarse, haciéndose eco del refrán magrebí: “Donde está mi pan, está mi tierra”. La vigorosa afirmación de su lengua y cultura ha enfrentado desde sus orígenes a reinos, imperios y gobiernos; y salido al paso de la denominación peyorativa occidental de “beréberes”, esto es, bárbaros, por no hablar la lengua “correcta”. Es un país donde ha llegado todo el mundo: los fenicios, romanos, vándalos, visigodos, bizantinos, árabes, franceses y españoles, y donde todos han dejado su huella, sin duda visible, sobre todo en el uso de las múltiples lenguas orales y escritas, aunque las oficiales sean el árabe clásico y el *amazigh*, que es su lengua beréber, así como el francés que se sigue usando para los negocios y por la clase política; sin embargo, la población en general habla *dariya*, que es una lengua oral, no escrita, derivada del árabe —una apropiación del árabe—, una lengua propia, a pesar de todas las demás; lo que da cuenta del carácter único de la población marroquí, incomparable con otra, incluso de la misma región del Magreb.

Actualmente, es una de las culturas ancestrales más integradas y vitales del mundo, abierta al uso de las innovaciones tecnológicas, como lo es el acceso masivo a la internet, sin que ello signifique la pérdida de su identidad y, sobre todo, de la relación constitutiva que establecen entre la hospitalidad y la dignidad, como principios éticos indisolubles de su tradición trashumante, como lo señala Paul Balta en su libro *El gran Magreb*:

“Además del gran orden mostrado por el gobierno y sus instituciones para controlar el contagio, lo que se observa al interior de las familias y en el ánimo de las personas es la comprensión del problema y la consecuente aceptación de las restricciones.”

En Marruecos la vida política, económica y cultural siempre se ha desarrollado al margen de las influencias, buenas o malas, impuestas desde el exterior, los marroquíes sólo han conservado de sus intercambios con el extranjero —y éstos fueron muy intensos— lo que han querido. Esta evolución ha favorecido la formación de una sociedad compleja de habitantes de ciudades, aldeanos, montañeses, segura de su identidad, rica de una prestigiosa herencia histórica, familiarizada con las sutilidades (y las brutalidades) de un poder enraizado en la tradición local. En efecto, no había un antagonismo irreductible entre arabófonos y bereberfonos y la distinción entre *bled el majzén* (país bajo la autoridad del gobierno real) y *bled es siba* (país insumiso) no tenía gran importancia en la medida en que los disidentes en cualquier caso decían la oración en nombre del sultán, a falta de prestar juramento político de fidelidad al sultán (1994, p. 97).

Lo anterior es un pequeño ejemplo de que la disposición hospitalaria que anida en su cultura, muestra la base de una serie de rasgos identitarios, formas de vida y desempeño, caracterizados por un pragmatismo ético que está sustentado en un sentido o fuerza histórica, en un tipo de claridad supervivencial, que les permite coexistir reconciliados, en franca y genuina “paz” o *salam*, más allá de la reivindicación de credos, ideologías políticas o religiosas particulares. Permite ver, entre las cortinas de los estereotipos negativos y reductores, que en esta cultura trashumante se expresa una modalidad de *koiné*<sup>1</sup>, esto es, una concentración de puntos comunes que en su caso, identifica, devela y pone en práctica, lo más esencial y duradero de los componentes que han articulado las distintas ramas de la tradición islámico-judeocristiana, así como las provenientes de la ilustración francesa, las que han tenido presencia y ejercido influencia a lo largo de su historia. Con base en esta *koiné*, la dignidad humana, más que obedecer a una religiosidad cerrada y fanática, se finca en el reconocimiento y fecundación que fluyen en la diversidad, constituyendo uno de los rasgos más distintivos de lo que justamente configura el sentido primigenio del ser trashumante —desapegado hasta de las etiquetas y categorías que en otras latitudes dan origen a las observaciones y sentimientos nacionalistas—, a saber, la condición de apertura y acogida de lo otro, que significa una vocación de hospitalidad<sup>2</sup>.

De ahí que consideremos que Marruecos nos proporciona pautas, que develan criterios factibles, para alimentar diversas líneas de investigación post-COVID-19, donde los elementos problemáticos de la migración internacional, exacerbados al máximo por el cierre de fronteras nacionales, puedan equilibrarse a través de la puesta en marcha de una ética de la convivencia.

Tomar a esta cultura como referente no implica hacer generalizaciones y traslados mecánicos a otras regiones y ámbitos de la sociedad mundial, que enfrentan desafíos marcados por formas de migración y trashumancia diferentes. La razón de abordarla obedece a que en ella pueden develarse criterios nucleares que anudan la dignidad y la hospitalidad en el núcleo mismo de la trashumancia. Tales criterios, puestos en tensión con los marcos gnoseológicos formalizados pertinentes, pueden proporcionar elementos de conocimiento, factibles de convertirse en marcos heurísticos para abordar las situaciones y problemas que padecen otras culturas como las que se desarrollan en el heterogéneo y complejo territorio mexicano, donde los desplazamientos forzados fragilizan en grado extremo la dignidad de quienes los

“ La disposición hospitalaria que anida en su cultura, muestra la base de una serie de rasgos identitarios, formas de vida y desempeño caracterizados por un pragmatismo ético que está sustentado en un sentido o fuerza histórica.”

padecen. La idea es que los recursos e instrumentos conceptuales, las reflexiones y los análisis, encuentren en la tierra firme de las culturas vivas, como las de México, elementos factibles de hacer resonancia con sus criterios y bases de fundamentación.

## Notas

1 La Koiné cumple la función de ser una “lengua franca” que: “permite superar las aparentes diferencias propugnando, en cambio, en la concentración en los muchos puntos comunes” (González di Pierro, 2014, p. 77).

2 Como se constata en el preámbulo de la nueva Constitución marroquí de 2011, nos dice Beatriz Mesa García: “que ya recogía el nuevo espíritu de la identidad marroquí: ‘el Reino de Marruecos tiene la intención de preservar en su plenitud y diversidad, su identidad nacional e indivisible. Su unidad, forjada por la convergencia de sus componentes árabe-islámico, amazigh y saharo-hassani, ha sido alimentada y enriquecida por sus afluentes africanos, andaluces, hebreos y mediterráneos’. La identidad árabe-islámica, a pesar de que es mencionada en primer lugar, no es ya la única consagrada en la Carta Magna. Aunque la nueva acción migratoria haya acercado a Marruecos y los pueblos africanos de alrededor, la realidad es que la conexión entre el país magrebí y los de la subregión se viene produciendo desde antaño a través del campo religioso. Marruecos recibe flujos migratorios de naturaleza religiosa. Así, la corriente sufi Tijanía, cuyo fundador está enterrado en Fez —la capital espiritual del reino alauí— ha favorecido siempre las relaciones entre Marruecos y Senegal en donde la Tijanía abarca a una gran parte de la población senegalesa. Senegal no ha sido el único país de la cornisa atlántica con el que Marruecos, a través del sufismo, ha mantenido estos lazos de fraternidad. También ha sido el caso con Níger, Mali, Mauritania o Burkina Faso”.

## Referencias:

- Balta, P., y Rulleau, C. (1994). *El gran Magreb: Desde la independencia hasta el año 2000*. Madrid: Siglo XXI
- González di Pierro, E. (2014, junio). Koiné de la hospitalidad-trashumancia. *Metapolítica*, 85, 76–78. <https://issuu.com/revistametapolitica/docs/metapolitica85/41>
- Mesa García, B. (2019). La nueva política migratoria de Marruecos: Papeles sin integración. *Atalayar*. Recuperado de <https://atalayar.com/content/la-nueva-pol%C3%ADtica-migratoria-de-marruecos-papeles-sin-integraci%C3%B3n>

**Para citar esta nota:** Carretero, R. (22 de mayo de 2020). Marruecos: ética de la convivencia en el escenario del COVID-19. *Notas de coyuntura del CRIM* No. 21, México, CRIM-UNAM, 5 pp.

Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad de los autores/as y no necesariamente representan la opinión del CRIM